

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
Nº 97
Enero 5 de 1896

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva-
lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 17

BARAJA DE ACTUALIDAD
6 DE ENERO

EL DE BASTOS

EL DE COPAS

EL AS

EL DE ESPADAS

EL DE OROS

LOS REYES

SUMARIO

TEXTO—Zig Zag, por Arturo Giménez Pastor—Los Reyes Magos, por José de Velilla—Alfonso Daudet—El secreto, por Alfonso Daudet—Sport, por Zapicán II—Entre dos fuerzas (novela, continuación), por Arturo Giménez Pastor—Menudencias.

GRABADOS—Baraja de Actualidad. Los Reyes—Los Reyes Magos (reproducción de un dibujo de Huertas), por Aurelio Giménez—Sonando la hora—por Wimplaine II—Alfonso Daudet, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

ZIG ZAG



Ahora sí que concluyó definitivamente. El 31 dió la puntilla San Silvestre y ya nos tienen ustedes en otro año.

Estos fines de año tienen sus bemoles que son el 28 de Diciembre con sus inocentes, el 31, fin de mes, con sus cobradores y el 1.º del nuevo con sus aguinaldos.

El día de inocentes trae como consecuencia sus aficionados á las bromitas pesadas y sin pesar.

Y á fe que razón tenemos para recordar todavía la barbaridad que cometiera Herodes con los pobres inocentes, porque nos quedan aún para muestra bastantes Herodes, también dados á hacer barbaridades, é innumerables inocentes que revistan en la las listas de empleados públicos y privados, viudas y menores militares, y pueblo en general.

El único cambio efectuado se reduce á la diferencia de procedimiento. El Herodes de antaño se decidió por hacer degollar en montón á los inocentes y los de ahora se contentan con ir ahorcándoles poco á poco con rebajitas apropiadas é impuestos ingeniosos.

Eso no quita que aún haya gente de buen humor que espera haciéndosele agua la boca el día de inocentes, para bromear con las relaciones.

Hay quien finje una ruptura con la novia y le devuelve con una carta fulminante los billetes amorosos y hojas de repollo y granos de coliflor en vez de los ramilletes secos que se ha bebido en noches de resfrio, bajo la forma de té de flores cordiales; y luego aparece á la noche diciendo á la futura suegra y descendencia cuñadil que hay tener cuidado con él, porque es muy pícaro y sabe gas-tar bromitas.

Otros suponen un abandono de la esposa y le comunican su repentina partida para Europa con la mujer de un cobrador de contribuciones y los cinco reales del gasto del Don Romeo y Julieta Gonzalez (al papá le gustaban mucho los nombres de dramas célebres y no perdía ocasión de perpetuarlos en sus vástagos) era de estos.

—La primer vez sí que fué lindo—me de-

cia,—apenas recibió mi mujer la carta empezó á dar alaridos (esto me lo contaron los vecinos) y se arrancó algunos pelos, precisamente las canas. Dijo que yo era un infame y en este estado, sin acordarse que era día de inocentes, pasó hasta la noche en que aparecí yo retozándome la risa en todo el cuerpo. ¿A que no sabe usted qué estaba haciendo? ¡Cenando con un sub-comisario ce-sante!

—¡Caramba!

—No hombre, no se alarme usted. Ya verá. Al aparecer yo se confundió un poco cómo la pobre no está acostumbrada á estas cosas!... Pero luego ayudada por el sub-comisario acabó por confesarme que ella también había querido darme su bromita de inocentes. Aquello sí me disgustó, porque yo quería tener el monopolio exclusivo de la picardía, pero no cejaron y aunque traté de hacerla confesar que mi carta le había hecho caer de inocente, se empeñó la muy porfiada en repetirme que ella no era inocente y que no era inocente.

—¡Demonio!

—Y el comisario en las mismas. Lo peor es que por último convinieron en que el que había caído de inocente era yo, con la broma de ellos. ¡Es gusto de arrancarle á uno la gloria de sus picardías!

Deveras que hay gente desgraciada en sus bromas.

Otro señor que conozco era loco también por ellas en el día de la Herodiada y se lo pasaba sismando durante el año la broma con que había de obsequiar á su familia en el momento oportuno.

Un mi amigo que lo visita me contaba detalles de las principales y más ingeniosas.

—Apenas llegaba el 28 de Diciembre Don Montevideo Lopez se daba á hacer diabluras. Había tomado la costumbre de invitar sus relaciones á presenciárselas, y en cuanto se reunían, ¡zá! de un solo golpe sacaba un ojo á su esposa!

—¡Le sacaba un ojo!

—Sí, un ojo de vidrio que gastaba la señora en razón de ser tuerta aunque madre. Naturalmente, al ver esto los presentes acudían á ella horrorizados de la barbarie de Don Montevideo y entonces á éste le sobrecogían chuchos convulsivos de puro placer y soltaba su chiste predilecto en alta voz, para que todos le oyeran bien.

—No, señores; no se asusten ustedes. No le ha dolido absolutamente nada porque (y esto lo decía guiñando pícarosamente un ojo) «ojos que no ven, corazón que no siente.»

—¡Diablo de hombre!

—Ah, muy diablo! Lo malo es que lo repetía todos los años, hasta que una vez se equivocó y le sacó de quicio el ojo verdadero, pero el oculista le cobró un dineral por la cura.

Esto, como es natural, le obligó á cambiar de broma é ideó la más ingeniosa que á cabeza humana le haya ocurrido jamás, que fué la de hacer tantos muñecos de trapo con cabeza de cartón, como hijos le habían dado la Naturaleza y su mujer; y luego de llenarles la cabeza con vino tinto mandó, á escondidas de su esposa, los hijos de paseo, y fingiéndose poseído de brutal ferocidad, dióse, en conmemoración del acontecimiento del día, á degollar furiosamente los pseudo inocentes, gritando que quería eliminar del mundo su descendencia. Mientras tanto el vino tinto, oficiando de sangre, se derramaba á torrentes, y á la esposa al ver aquella degollación de sus hijos se le ponía tiesa una pierna y torcido el pescuezo para siempre, sin que en ello reparara don Montevideo, ocupado una vez consumada la broma, en emborrachar dos perros con el vino derramado, para alegrarlos, porque se le había puesto el antojo de ver morir un perro de risa.

Con esta broma gozó lo que no es decible, pero como dió en repetirla todos los años, ya estaba la familia acostumbrada y no hacían caso de ello; así se daba la circunstancia de que llegara uno de visita en esos días, y al enterarse del estado de don Montevideo, le decía la señora.

—¡Ah! Sigue bien. Está en el atilillo haciendo hijos con la sirvienta.

—¡Señora! Y usted...

—No hombre; si son muñecos para la degollación del día veintiocho, que la sirvienta le ayuda á confeccionar.

Así siguió el hombre hasta que un día de inocentes mientras se ocupaba en su faena de descabezar infantes, llegó un amigo de visita.

—¿Don Montevideo? ¿Está? preguntó á la sirvienta.

—Está ahora ocupado degollando á los hijos, contestó la sirvienta que era muy bruta.

—¡Jesús! Exclamó horrorizado el amigo. ¡Qué dice usted, mujer! Un sextuple infanticidio! ¡Horror!

Y corrió desalado á buscar á un guardia civil y volvió con cuatro en momentos en que don Montevideo degollaba al último inocente, gozando triunfalmente con su broma.



Los guardias civiles se precipitaron sobre él, quitándole el arma ensangrentada, ó envenada, que aún conservaba en la mano.

—¡Desgraciado! le gritaron, ofuscados ante aquel hecho. ¿Para eso le dió á usted hijos Dios?!

—Pero si son de trapo, clamaba don Montevideo, rojo como un ladrillo ruborizado. ¡Son de trapo!

—¡De trapo los hijos! gritó el amigo. ¡Está loco furioso! ¿No ven ustedes que confunde á su esposa con una tienda? ¡Al Manicomio con él!

—¡Pero si yo los he hecho! rugía el pobre López.

—Nadie lo duda, es usted el padre. Eso es lo peor, lo horrible. ¡Lo horrible!

Dieron con él en el Manicomio y contrajo segundas nupcias á los dos años.

En cuanto á la costumbre de los aguinaldos, lo ha practicado este año bajo una nueva forma el ¡quién había de ser! el Patronato de Damas, que envió como tal, á cada empleado público, su correspondiente sobresito con sus correspondientes cedullitas y su correspondiente precio, quedando á la espera del correspondiente importe.

¡Bonito aguinaldo! se habrán dicho los empleados favorecidos con el presente que parece griego pero es turco.

¡Porque miren ustedes que eso de imitar á los guardias civiles, carteros y basureros en lo de exigir la propina por el aguinaldo!... ¡Vamos, vamos!...

¡Señora! Por el amor de Dios y el respeto á la familia!

Mal empieza el año para ciertas gentes. Aunque, la verdad, yo no alcanzo todavía á diferenciarlo de los demás.

En el anterior han gozado muchos muchos de pensiones y muchos más aún de pienso, y probablemente en el que entra ocurrirá lo mismo; y para no desmerecer habrá cuarentenas.

Este traerá, lo mismo que los otros, sus hambres y sus Reyes Magos; porque esto todos lo traen; *item más*, algunas veces, por desgracia, traen Reyes y Presidente en Marzo, por más que ya los reyes apenas se dignan hacer notar su presencia y tenemos que contentarnos tan sólo con condes Magos, cuando nos visita el Conde de Das.

En cuanto á eso de que los Reyes dejan algo en los zapatos (de los que tienen zapatos todavía) no lo he visto.

—Decididamente, á seguir así, tan indiferentes los Reyes de Oriente, sólo nos va á quedar como recurso acudir á los que tenemos por acá; nos decía un sujeto.

—¿Los de acá? ¿Y quiénes son ellos?

—¡Pues! Dornaleché y Reyes.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR





CARAS Y CARETAS

Alfonso Daudet

SOMANDO LA HORA



¡Oh pueblo! Presta atención
 que acaba al fin de sonar
 la hora de reconquistar
 nuestros fueros de Nación.
 Sonó la hora de la acción;
 álcese ativa la frente
 que hundió el mandón prepotente
 en el cieno de su orgía;
 que del desquite el gran día
 vá á asomar en el oriente.

Mira al gaucho
 tenlo siempre
 y estudia en su
 cómo se luchó
 Recuerda que
 quedo que
 te dió glorias
 ales,
 y aprende de
 que de la Victoria
 conquistaron
 los cañones in
 esa.

¡Alza, pueblo desgraciado!
 Te espera herrumbrosa el arma;
 escucha el toque de alarma
 que es de la Patria el llamado.
 Si es cierto que avergonzado
 é indignado el corazón
 sufres la ruda opresión
 de esa turba degradada,
 ¡deja al fin de ser majada
 y sé alguna vez legión!



Los reyes magos

I

Dormido en dorada cuna
el hijo del potentado,
crédulo, como inocente
sueña con los Reyes Magos
¡Qué horrible noche de Enero!...
Brama el viento huracanado
y va cubriendo la nieve
las ciudades y los campos.
En lecho de blanda pluma
el niño duerme abrigado
y en la roja chimenea
que da calor á su cuarto
crujen los torcidos troncos
de la encina y del castaño.
Padres, deudos, servidores
vigilan por su descanso,
y el niño, sin despertarse
se agita y dice soñando:
—¡Cómo estarán los caminos
resbaladizos y blancos,
por donde vienen los reyes
desde sus reinos lejanos!
¿Si no vendrán?... ¿Si en las simas
se quedaran sepultados
los camellos, con sus cargas
de magníficos regalos!
¡Salve Dios á los viajeros!...
¿Qué me traerán este año?
Quizá preciosos juguetes
por las reinas fabricados
ó dulcísimos confites
con esencias perfumadas...
¿Si no vendrán!... ¡Cómo tardan!...
Músicas... vivas... ¡Llegaron!
Ya por las calles resuena
el trotar de sus caballos,
y despues de los jibosos
camellos el lento paso.
¡Pobres Reyes!... ¡han venido,
por no faltar, tiritando,
y apenas si los semblantes
descubren fuera del manto.
De juguetes y confites
llenan cestos y zapatos

que en ventanas y balcones
dejó el maternal cuidado.
Nada se escucha en la calle...
¡Ya se fueron!... Ya pasaron!...
Despierta el niño del alba
viendo los primeros rayos;
cerradas están las puertas
y las campanas tocando.
Abre sin temor al frío
los cristales empañados;
se halla de dulce y juguetes
los zapatos rebosando,
y exclama alegre: ¡Vinieron!
Vinieron los reyes magos!

II

También, dormido en su cuna
de mimbres entrelazados
el hijo del pobre sueña
con los monarcas asiáticos.
La madre, triste viuda,
rendida por el cansancio
sobre la labor penosa
dormita cabeceando.
El padre, en funesto día
cayó de altísimo andamio,
pasó al Hospital, y luego
lleváronlo al camposanto.
Ni lumbre, ni pan, ni abrigo.
¡Qué miseria y desamparo!
Bajo el peso de la nieve
se dobla y cruje el tejado
y por las anchas rendijas
penetra el viento silbando,
y mece la frágil cuna
cual la nave el oceano;
pero el niño se sonríe,
se agita y dice soñando:
—¡Qué noche tan espantosa!...
¡Y tardan los Reyes tanto!...
¿Si no vendrán?... ¿No vinieron
por una estrella guiados
para adorar á otro niño
nacido en rústico establo
entre una mula y un buey
que le arrojaban sus vahos
para calentar su cuerpo
envuelto en humildes paños?
El niño Jesús... le he visto,

también, desnudo y descalzo
como yo... y entre sayones
doliente y crucificado...
Por él vinieron los reyes...
¿Qué me traerán este año?
Quizá alimento sabroso
por las reinas preparado,
herramientas que me sirvan
mañana para el trabajo,
sedosas pieles que abriguen
mi cuerpo que está temblando,
vestidos para mi madre
y pan para mis hermanos.
¿Si no vendrán?... Pero escucho
músicas... vivas... ¡Llegaron!
Los camellos se detienen
y relinchan los caballos;
sin duda están repartiendo
los monarcas sus regalos...
Otra vez de los corceles
suenan los forrados cascos;
se va extinguendo el ruido...
Ya se alejan... ya pasaron...
Despierta el niño, del alba
viendo los primeros rayos;
cerradas están las puertas
y las campanas tocando.
Con el júbilo en el pecho
y la sonrisa en los labios,
abre la estrecha ventana,
tiende la trémula mano,
y nada ve, nada encuentra
dentro del roto zapato...
¡Ah! sí... dos copos de nieve
que el viento ha depositado...
y por la pena vencido,
exclama, rompiendo en llanto:
—¡Ay, para el niño del pobre
no vienen los Reyes Magos!

JosÉ DE VELILLA.

Alfonso Daudet

Dado el éxito extraordinario obtenido con la publicación del retrato de Alejandro Dumas, recientemente fallecido, hemos resuelto publicar una galería de personajes ilustres, de aquellos cuyos nombres figuren á mayor altura en las artes, las letras y las ciencias.

La inauguramos con el retrato de Alfonso Daudet, el primer novelista contemporáneo, en nuestro concepto, y que dadas sus condiciones excepcionales de escritor humorista de primer orden, merece el primer sitio en las columnas de nuestro periódico.

Daudet nació en Nimes, en el mediodía de la Francia, en el año 1840. Desde el principio de su carrera literaria, triunfó. Su tomo de poesías *Las Amoras*, le revelaron un poeta delicado, de gran sentimiento, digno de recoger la pluma dejada por Alfredo de Musset, como decían los críticos franceses. Abandonando la poesía, pero sin dejar de ser poeta jamás, escribió un sinnúmero de novelas cortas, cuentos deliciosos, admirables, que han hecho que Emilio Zola, tan exigente en cuestiones literarias, le declarase el primer cuentista francés.

Publicamos en seguida *El secreto*, modelo en su género, una verdadera joya literaria.

En la novela... ¿Qué decir de la novela? Quien haya leído *El Nabab*, *Safo*, *Jack*, *Numa Ramestan*, *La Razón Social*, *Tartarin de Tarascón*, etc., no puede menos que descubrirse maravillado ante ese talento extraordinario que, con igual fuerza y maestría, maneja todos géneros literarios: el análisis exacto, preciso, la penetrante ironía, la sátira fina, delicada, pero cruel como punta de agujas, la gracia, el sentimiento, el alma, en fin, del escrito, y luego su inagotable gracejo, su *humour* incomparable, esa sávia permanente de sonrisa contenida é intensa, ora franca y honrada, ora burlesca é hiriente como un latiguillo.

Es el primer novelista contemporáneo, por lo vario y asombroso de su talento. Y quién quiera conquistar el público, como lo conquista por completo Daudet, tiene que escribir como él.

¡Eso es lo difícil!

EL SECRETO

Francet Mamaí, un gaitero (1) viejo, que viene á mi casa de vez en cuando á pasar la velada bebiendo vino hervido, me contó la otra noche un dramita de aldea, de que fué testigo mi molino hará unos veinte años. Me conmovió el relato del viejo, y voy á repetiroslo tal y como se lo oí.

Figuráos por un momento, caros lectores, que estáis sentados delante de una jarra de aromático vino, y que os habla un viejo gaitero.

(1) Traducimos la idea, no la palabra, tomanpo la voz «gaitero» en su acepción más general. La traducción estricta sería *plafano*.—(N. del T.)

—Ha de saber usted, señor mío, que nuestra tierra no ha sido siempre un país muerto y sin nombradía, como hoy. En otras épocas teníamos un gran comercio molinero, y de diez leguas á la redonda nos traían á moler su trigo la gente de las masías... Las colinas de alrededor de la aldea estaban cubiertas de molinos de viento. A derecha é izquierda no se veían más que aspas que giraban con el mistral por encima de los pinos, y reatas de borriquillos cargados de costales, que subían y bajaban por los senderos. Y daba gusto oír arriba toda la semana el chasquido de los lítigos, el crujido del lienzo y el ¡Día hue! de los mozos del molino... Los domingos nos íbamos allá en pelotón y los molineros pagaban el moscatel. Las molineras estaban hechas unas reinas, tan guapetonas, con sus pañoletas de encaje y sus cruces de oro. Yo llevaba el pifano, y se bailaban farándulas hasta que era ya noche oscura. En fin, que aquellos molinos eran la alegría y la riqueza de esta tierra.

Desgraciadamente á unos franceses de París les dió la idea de establecer una fábrica de harinas al vapor en el camino de Tarascón. ¡Todo tan bonito y tan nuevo! La gente tomó la costumbre de mandar su trigo á esos fabricantes, y los pobres molinos de viento se quedaron sin trabajo. Trataron de luchar algún tiempo; pero pudo más el vapor, y unos traídos otros, ¡demonche! todos tuvieron que cerrarse... ya no volvieron á aparecer los borriquillos... Las molineras guapetonas vendieron sus cruces de oro... ¡Adiós moscatel! ¡Adiós farándulas!... Podía soplar el mistral, que lo que es las aspas no rebullían... Luego viene un día el Ayuntamiento y manda echar abajo aquellas casuchas, para plantar en su lugar viñas y olivos.

A pesar de todo, en medio de ese desastre, hubo un molino que se hizo firme, y seguía moviendo las aspas como un valiente, encima de su collado, á las barbas de los fabricantes. Era el molino del tío Cornille, el mismito en que estamos pasando la vela en este momento.

El tío Cornille era un molinero viejo, que vivía hacia sesenta años metido entre la harina, y no sabía salir de su molino. La instalación de las fábricas lo volvió medio loco. Durante ocho días anduvo corriendo por el lugar, amotinando á la gente, y gritando que querían envenenar á la Provenza con la harina de los fabricantes. «No vayais allá, (decía) esos bandidos se sirven, para hacer pan, del vapor, que es una invención del diablo, mientras que yo trabajo con el mistral y la tramontana, que son la respiración de Dios bendito...» Y así se le ocurrían una porción de buenas cosas en alabanza de los molinos de viento; pero nadie las escuchaba.

Entonces el viejo, lleno de despecho y de rabia, se encerró en su molino y vivió enteramente solo como una fiera. No quiso quedarse ni aún con su nieta Vivette, una muchacha de quince años, que desde la muerte de sus padres no tenía á nadie en el mundo más que al abuelo. La pobrecita se vió obligada á ganarse la vida y andar de masada en masada, ofreciendo sus servicios para la siega, la cría de los gusanos de seda ó la recolección de la aceituna. Y el caso es que el abuelo parecía querer mucho á la chica. Se andaba á menudo sus cuatro leguas á pié con un sol de justicia para ir á verla al mas en donde trabajaba; y, cuando estaba á su lado, se pasaba las horas muertas mirándola con las lágrimas en los ojos...

En el país se pensaba que, al despedir á Vivette, el viejo había obrado por avaricia, y no lo honraba mucho eso de dejar que la nieta fuese rodando de cortijo en cortijo, expuesta á las brutalidades de los amos y á todas las miserias de su condición. Parecía muy mal también que un hombre de las circunstancias del tío Cornille, y que hasta allí había sabido respetarse, se marchase entonces por esos mundos de Dios como un verdadero gitano, con los piés descalzos, con el gorro agujereado y la ropa hecha girones... La verdad es que, cuando lo veíamos entrar en misa los domingos, á nosotros, los viejos, nos daba vergüenza por él; y Cornille lo comprendía tan perfectamente, que ya no se atrevía á sentarse en nuestro banco; siempre se quedaba en el fondo de la iglesia, entre los pobres, junto á la pila del agua bendita.

Había algo que no acaba de explicarse en la vida del tío Cornille. Hacía mucho tiempo que en el lugar nadie le enviaba trigo, y sin embargo, las aspas del molino seguían su marcha como antes... Por la tarde encontraban al viejo en los caminos arreando su asno cargado de abultados costales de harina.

—Buenas tardes, tío Cornille (le gritaban los campesinos) Parece que marcha siempre esa molienda. —Siempre, hijos, (respondía el viejo con alegre voz). Trabajo no falta, gracias á Dios.

Si luego le preguntaban de dónde demonios podía venirle tanto trabajo, se llevaba un dedo á los labios y respondía gravemente:

—¡Chito! Trabajo para la exportación.

Jamás pudo sacársele otra cosa.

En cuanto á meter la nariz en su molino, no había que soñar. Ni la misma Vivette entraba allí.

Cuando pasaba uno por delante, siempre veía cerrada la puerta, las aspas en movimiento, el borriquito viejo mascullando la hierba de la explanada, y un gatazo flacucho tomando el sol en el alféizar de la ventana y mirándole á usted con cara de pocos amigos.

Todo eso trascendía á misterio, y daba mucho qué hablar á la gente. Cada cual explicaba á su modo el secreto del tío Cornille, pero el rumor más extendido era que en aquel molino abundaban más aún las talegas de escudos que los costales de harina.

Sin embargo, á la larga todo se descubrió. He aquí cómo:

Un día, tocando el pifano para que bailara la gente moza, noté que el mayor de mis hijos y la Vivette andaban enamorados. En realidad, no me pesó, porque, después de todo, el nombre de Cornille era para nosotros respetable; y luego, que sería un gusto ver bullir por la casa á esa pajarita tan mona de Vivette. Pero como los chicos tenían mil ocasiones de encontrarse juntos, quise arreglar las cosas en caliente para evitar contingencias, y subí hasta el molino á decir dos palabras al abuelo... ¡Cuidado con el vejistorio! ¡Había que ver de qué manera me recibí! Imposible hacerle abrir la puerta. Le expliqué el caso como Dios me dió á entender al través del agujero de la cerradura, y mientras hablaba, no se quitaba de allí el bribón del gato flacucho, que bufaba como un condenado.

El viejo no me dió tiempo de acabar, y me gritó con la mayor grosería que me volviere á mi flauta; que si tenía prisa de casar á mi chico, podía ir en busca de novias á la fábrica... No hay que decir si se me subiría la sangre á la cabeza oyendo aquellas bellaquerías; pero tuve la bastante prudencia para contenerme, y dejando á aquel viejo loco en su molino, volví á anunciar á los chicos el percalce... Los pobres tortolillos no podían dar crédito á lo que oían, y me pidieron por favor que los dejase subir juntos al molino para hablar al abuelo... Yo no tuve valor para negárselo, y ¡brum! allá van mis dos novios.

Cabalmente, cuando ellos llegaron, acababa de salir el tío Cornille. Estaba cerrada la puerta; pero el viejo, al marcharse, había dejado fuera su escala, y en un santiamén les asaltó á los muchachos la idea de entrar por la ventana y echar una ojeada á lo que pudiese haber en aquel famoso molino...

Cosa singular! La pieza de la muela estaba vacía... Ni un saco, ni un grano de trigo, ni la menor señal de harina en las paredes, ni en las telas de araña... No se percibía siquiera ese olor cálido, agradable, de trigo triturado que embalsama los molinos... El árbol estaba cubierto de polvo, y encima estaba durmiendo el gatazo escualido.

La pieza inferior ofrecía las mismas señales de miseria y de abandono: un mal camastro, algunos harapos, un pedazo de pan en un escalón y en un rincón tres ó cuatro costales repletos de cascote y de tierra blanca.

¡Tal era el secreto del tío Cornille! Aquel cascote era el que paseaba á la tarde por los caminos para salvar el honor del Molino y hacer creer que allí se fabricaba harina... ¡Pobre molino! ¡Pobre Cornille! Hacía ya mucho tiempo que las fábricas le quitaron su último cliente. Las aspas daban vueltas, pero la muela giraba en el vacío!

Los chicos volvieron llorosos á contarme lo que habían visto. A mí, al oírlos, se me despedazó el corazón... Sin perder un minuto, corrí á ver á los vecinos; les puse al corriente en dos palabras y convenimos en que hacía falta llevar inmediatamente al molino de Cornille todo el trigo que hubiese en las casas... Dicho y hecho. Toda la aldea se puso en movimiento, y llegamos arriba con una procesión de asnos cargados de trigo; pero ¡aquél sí que era trigo de veras!

El molino estaba abierto de par en par... El tío Cornille, sentado en un saco delante de la puerta, lloraba con la cabeza entre las manos. Acababa de advertir, al volver, que durante su ausencia habían entrado y sorprendido su secreto.

—¡Pobre de mí!—decía.—Ahora ya no me queda más que morir... ¡El molino está deshonrado!

Y sollozaba de una manera que partía el alma, dando á su molino toda clase de nombres y hablándole como á una persona.

En aquel momento llegan los asnos á la explanada, y todos nos ponemos á gritar fuerte, como en los buenos tiempos de los molineros:

—¡Ah, del molino! ¡Eh, tío Cornille!

Y allá van amontonándose sacos delante de la puerta, y derramándose por todas partes el hermoso grano rubio...

El tío Cornille abría desmesuradamente los ojos. Había cogido un puñado de trigo con su mano apergamada, y decía, llorando y riendo á la vez:

—¡Es trigo!... ¡Santo Dios!... ¡Trigo bueno! Dejádme que lo mire.

Y luego, volviéndose hacia nosotros, añadió:

—¡Ah! ¡Ya sabía yo que volveríais!... Todos esos fabricantes son unos ladrones.

Queríamos llevarlo en triunfo á la aldea.

—No, no hijos míos; antes de todo tengo que dar de comer á mi molino... ¡Haceos cargo! ¡Va ya tanto tiempo que no pasa nada por sus dientes!

Y todos teníamos los ojos llenos de lágrimas, al ver el pobre vi-jo ir de acá para allá, vaciando los sacos é inspeccionando la rueda, al tiempo que el grano se trituraba y volaba al techo el menudo polvo del trigo.

Hay que hacernos justicia: desde aquel día, jamás dejamos al viejo sin trabajo. Pero una mañana murió el tío Cornille, y las aspas de nuestro último molino cesaron de girar para siempre... Muerto Cornille, nadie le substituyó. ¡Qué quiere usted, señor! Todo tiene fin en este mundo, y hay que creer que había pasado el tiempo de los molinos de viento, como el de las cocas del Ródano, de los «parlamentos» y las jaquetas rameadas.

ALFONSO DAUDET



Son las carreras que se correrán hoy en Maroñas las más interesantes que se hayan corrido en nuestros circos por tratarse exclusivamente de productos orientales y argentinos.

Pasemos ahora á los pronósticos, pues disponemos de muy poco espacio.

Día 5—1.ª carrera, Artillero, Janketruz. 2.ª Pensionistas de Martín Santos. 3.ª Imperio ó Montevideo. 4.ª Junot. 5.ª Gladiador ó Dictador. 6.ª Mary ó Saturno.

Día 6—1.ª carrera, Aereolithe. 2.ª Tic Tac. 3.ª Ecurie Queen, Colibri, y si toma parte, Montevideo II. 4.ª Mary. 5.ª Cuñatay. 6.ª Olímpico ó Explosión.

ZAPICAN II

A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

(Continuación)

X

Salian de casa de Pedro, caminando despacio para gozar de aquella noche fresquita de Abril, serena y grandiosa, que parecía inundar con todo su ambiente negro los pulmones ansiosos de aire puro después de un día ventoso, cuando Daniel con cierto interés temeroso preguntó á Mario:

—¿Y la otra?

—¿Quién?

—Argentina.

—¡Ah! dijo Mario con algún embarazo. Ya está arreglado eso.

Por primera vez en aquella noche se presentaba brusco é importuno el recuerdo de la pobre abandonada, de la pobre esclava caída en desgracia.

Mario había ido á la tertulia de los amigos á llevar triunfante su boletín de victoria, aquella frase der «La batalla está ganada!» que tantas veces en sus entretanidos desvarios había preparado, dominado por el tenaz deseo de verse vencedor de la mujer fuerte que le pusiera á prueba tan rudamente, y nada había turbado la alegría de su satisfacción que gozaba ora beatífica, ora turbulentamente, sea que los muchachos mostrasen tranquila curiosidad, como Pedro y Lucas sea que manifestaran una indiferencia en que vagaba diluida una gotita de despecho sin causa, como recibieron la noticia Federico y Daniel. Pero aquello no le arredró; se le desbordaba la satisfacción; no le cabía materialmente en el cuerpo y era necesario que la derramara toda allí, sobre aquellos cuatro seres á quienes en verdad, no les iba ni les venía gran cosa en ello. Contó cuatro

ó cinco veces los detalles de la jornada, como él la llamaba, que había saboreado dos días antes de comunicarlos al mundo. Y acabó por hacerse pesado. Los otros, los menos pacientes concluyeron por echarle a paseo con su historia de la escena del piano que pretendía haber preparado hábilmente avisado por la intuición del momento decisivo, mientras Pedro le miraba fijamente, profundamente reflexivos sus ojos pardos llenos de debilidad, como apuntando minuciosamente en la memoria los detalles del idilio, quizá su futura novela!

Por último hasta éste se distrajo con un partido de ajedrez entre Lucas y Daniel, y sólo quedó entre sus manos el rojo Lucas que, excitada su curiosidad y sus brutales nervios por el interés de las primeras escenas, se empeñaba en que le contara más, qué habían hecho después de la mútua confesión, que...

Pero aquí Mario, lo que no le había sucedido nunca con los amigos tratándose de la otra, se sintió encogido, algo avergonzado de mostrar así a Delia ante ellos, abrazada, oprimida contra él, descubriendo á ojos que entonces por vez primera le parecieron profanos aquel hermoso connubio de los labios enamorados, en la sombra llena de estremecimientos flébles, de aleteos misteriosos en que agonizaban los últimos acordes de una música íntima.

Y por más que Lucas insistió, sacudido rudamente por el estremecimiento brutal de sus nervios enfermos, guiñando los ojos inquietos, moviendo, en un resbalar continuo sobre el cráneo su piel cabelluda cubierta de pelos rojos, acosándole á preguntas que salían arrastrándose de entre sus dientes siempre apretados, no denunció, con mengua de su amor propio, el misterio de las primeras caricias cambiadas con ja mujer tan ardientemente deseada.

Pero ni aun la curiosidad nerviosa de Lucas había tenido un recuerdo para Argentina en aquella noche de triunfo, y sólo Daniel había guardado aquella pregunta para dirijirla allí, á solas, hallándole indifeso ante su mirada inquieta.

Si; todo estaba ya arreglado. Al otro día, en seguida, dominado, absorbido todo él por el egoísmo ínclemente del nuevo amor, la había escrito cuatro líneas desligándose de un golpe, comunicándole el rompimiento sin más consuelo que unas palabras que querían ser sentimentales, al final, deseándole felicidad lejos de él, con el otro; todo esto espresado en el estilo tímido y resuelto á la vez del culpable que se aprovecha de un pretexto fútil para derrumbar algo fuerte; porque todo aquello descansaba sobre un chismecito que voló desde las Mestres hasta él, sin bastante fuerza para hacerse creer.

Y luego, tranquilo, frío como el egoísmo, sin que le temblara un solo instante la mano echó la carta en un buzón vecinal que tragó aquel papel lleno de mentira con su boca cuadrada y negra, quedando siempre impenetrable como una esfinge, esa imájen del Destino.

—¡Pero eso es brutal! exclamó Daniel al oírle relatar todo aquello tranquilamente, él también impenetrable y frío, vagándole en los ojos negros aquel *Consummatum est* rudo y egoísta.—Es una barbaridad! Es cruel!

—Pero ¿por qué? á todo esto!
—Porque es cruel, romper, desgarrar así de pronto, sin más ni más una ilusión; esa pobre muchacha quién sabe qué...

—Pero no seas zonzol dijo Mario algo impaciente.—¿Qué quieres que haga? ¿Que siga indefinidamente sujeto á su yugo, que...? ¡No hombre, no! Yo la quise un tiempo; le di amor y caricias y... La hice feliz en ese tiempo. ¿Qué más? Le dí lo que pude, lo que tenía para ella. No tiene por qué quejarse. Hubiera sido mejor que no le hubiera dado nada? No; esas cosas no pueden durar siempre.

Y deteniéndose hizo un gran ademán en redondo con el brazo estendido, abrazando todo, el cielo y la tierra con una mirada algo iluminada y melancólica.

—¿Ves—dijo—ves todo eso, las estrellas, los mundos del espacio, las ciudades, el ambiente fresco, la noche plácida? Pues todo eso para nosotros

no es eterno; dejaremos de verlas, tan bellas como son; nada de eso nos pertenece para siempre; nada en el mundo es eterno; cómo diablos quieres que lo sea el amor. Debemos contentarnos con las cosas como son, como están arregladas ¡qué demonios!

Y luego mirando al otro pensativo, al ocurrírsele que podía á su vez hacer prácticas aquellas teorías en Orfilia, dijo rectificándose.

—Eso sí; cada cual tiene sus ideas; claro está que mejor es ser siempre fiel al primer sentimiento; sobre todo, hay que tener en cuenta la clase de mujeres... Es claro. Yo, con Delia, por ejemplo...

Y volvió á contarle nuevamente, olvidado ya otra vez de la pobre abandonada, los incidentes de la jornada, la escena del piano, toda aquella repetición inútil, pesado ya, como el tamborilero aquel de Daudet con su eterno sonsonete de «Se me ocurrió una noche, bajo un olivo...»

Pero la muda censura que evocaban los ojos profundos de Daniel le molestó aquella noche hasta tarde.

¡Oh! Había sido más violenta y difícil la ruptura de lo que él confesaba.

Apenas recibida su carta contestó Argentina con un billete escrito de prisa, en el primer arranque de inquietud desolada, un pobre billete humilde y rendido en que el estrañado por qué, de la inocencia sorprendida ante la injusticia se repetía hasta lo infinito. En él le pedía muchas veces que le concediera una entrevista aquella noche, segura de convencerle de su error, porque todo era una equivocación; aquello no podía ser, no podía ser, no! Ella quería verlo otra vez, se lo pedía como última gracia, por el amor que le tenía, por los felices momentos que habían pasado. Si, ¿verdad que iría? Lo esperaba esa noche en casa de las Mestres. Aunque no le gustara ir, ella lo sabía, bien podía hacer ese último sacrificio por su *Argentinita siempre de Mario*, etc.

—¡Pobrecita!—dijo Mario concluyendo de leer—Bueno, no me dirá que soy cruel por gusto. Voy á ir. ¡Y trabajo me mando esta noche!

(Continuará.)



«El Nacional» denunció ciertos ataques erótico-policiales, ejercitados, según el colega, por don Gregorio Sánchez y don Francisco Baños, que requirieron de amores ¡ay! á una señora y su joven hija, aprovechando la ocasión en que ambas damas fueron á pedir á la Jefatura el auxilio de la policía, ignorantes de lo picarones que habían sido el Jefe Político y su secretario de verano.

Y al leerlo nos supusimos todos al buen don Gregorio oficiando de Tenorio, y oírle decir creímos cogiendo de un manotón la manita de la dama, y ardiendo en furiosa llama su sensible corazón:

—¿No es verdad, angel de amor que en esta apartada sala nadie á amoroso me iguala una vez que entro en calor?

Pero don Francisco Baños que por lo visto estaba hecho un baño termal, sintiendo más calor que el Jefe, le atizó un beso á la niña.

Y la niña, que aunque en verano no quería tomar Baños á esa hora, fué á quejarse á «El Nacional.» Y «El Nacional» nos asustó á todos con la noticia. Felizmente ya podemos estar tranquilos.

Un redactor de «La Razón», para aclarar el hecho, se apersonó nada menos que al mismo señor Sánchez y éste le aseguró con formalidad que todo aquello era falso.

¿Y cuando él lo dice!
Pero como no hay mal que por bien no venga, la denuncia de *El Nacional* ha venido para dar ocasión á *La Razón* de sujerir un plan de radicales reformas en el procedimiento de instrucción, hasta ahora tan largo y pesado.

Quando se prenda á algún presunto autor de delito leve ó grave, bastará con seguir el procedimiento del colega y todo quedará terminado en un santiamén.

El Juez llamará á sí al presunto delincuente y le dirá:

Es usted el autor del horroroso crimen cometido anoche en...?

No, señor.

¿No?

—Se lo aseguro á usted formalmente!

Y con esto quedará declarado inocente el detenido.

Un diario de la mañana transcribe del nuevo libro del señor Tax, *DESFILE DE IMPRESIONES*, el artículo titulado *En los campos incultos*, en que el autor ha intercalado la friolera de 607 palabras francesas, cuatro inglesas, diez italianas y una alemana.

Pero esto no es nada.
Lo malo es que el artículo viene sin la traducción.

La entrada de las tropas cubanas en la provincia de Matanzas, y los sucesivos combates, según los telegramas, han causado infinidad de víctimas, pues la mortalidad ha sido grande.

Pero no es de extrañarse.
De fijo, lector, alcanzas las razones de todo esto; pues por algo le habrán puesto á esa provincia *Matanzas*.

—Vamos á ver; me devana los sesos esta afición mia á los cuadros simbólicos. ¿Cómo representarías tú al Estado? ¿Cómo pintarías tú...?

—¿El Estado? Pues lo representaría por un caballo.

—¿Un caballo?

—¡Claro! ¿No estamos oyendo á cada rato eso de que tal persona ha empuñado las riendas del Estado? ¿Pues!

El comisario Da Costa ha enviado al Jefe Político una expresiva tarjeta de felicitación con motivo de la entrada del nuevo año.

Lamenta no poder venir á felicitarlo en persona, pero teme el cambio de aires, despues de hallarse acostumbrado á los *buenos aires* que por allá respira.

El Jefe Político le ha contestado expresando su sentimiento por no saber dónde se halla, para enviarle algún obsequio en prueba admiración por la exquisita habilidad desplegada en su partida, y que hace honor al gremio policial, tratándose de un empleado de Policía.

Agradecemos efusivamente á Rafael Sierra su precioso librito «Impresiones», elegantísimo y valioso aguinado, por su forma de impresión y por su fondo.

A la Compañía Telegráfico-Telefónica su utilísimo obsequio.

Y su recuerdo á todas las personas que han enviado sus tarjetas á esta Redacción, retribuyendo sus votos de felicidad.

EL ANTICUARIO
Calle 18 de Julio
184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

HOTEL CENTRAL
Gregorio y Pda. 6
CALLE
25 DE MAYO
2419247

FALLIGARIS
Estudio fotográfico

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.